

mos, en alguna de las cuales es necesario, y aun forzoso, tocar antes de llegar allí, yendo de acá. Cuando hablaré de la isla Acuzamil, trataré mas largo esto de las cruces. De Yucatan fué Francisco Hernandez á Campeche, lugar crecido, que lo nombró Lázaro, por llegar allí domingo de Lázaro. Salió á tierra, tomó amistad con el señor, rescató mantas, plumas, conchas de cangrejos y caracoles, engastados en plata y oro. Diéronle perdices, tórtolas, ánades y gallipavos, liebres, ciervos y otros animales de comer, mucho pan de maíz y frutas. Allegábanse á los españoles; unos les tocaban las barbas, otros la ropa, otros tentaban las espadas, y todos se andaban hechos bobos al rededor de ellos. Aquí había un torrejoncillo de piedra cuadrado y gradado, en lo alto del cual estaba un ídolo con dos fieros animales á las ijadas, como que le comian, y una sierpe de cuarenta y siete piés larga, y gorda quanto un buey, hecha de piedra como el ídolo, que tragaba un leon; estaba todo lleno de sangre de hombres sacrificados, segun usanza de todas aquellas tierras. De Campeche fué Francisco Hernandez de Córdoba á Champoton, pueblo muy grande, cuyo señor se llamaba Mocho-coboc, hombre guerrero y esforzado; el cual no dejó rescatar á los españoles, ni les dió presentes ni vitualla como los de Campeche, ni agua, sino á trueco de sangre. Francisco Hernandez por no mostrar cobardía, y por saber qué armas y ánimo y destreza tenían aquellos indios bravosos, sacó sus compañeros lo mejor armados que pudo, y marineros que tomasen agua, y ordenó su escuadron para pelear si no se la consintiesen coger. Mocho-coboc, por desviarlos de la mar, que no tuviesen tan cerca la guarida, hizo señas que fuesen detrás de un collado, donde la fuente estaba. Temieron los nuestros de ir allá por ver los indios pintados, cargados de flechas y con semblante de combatir, y mandaron soltar la artillería de los navíos por los espantar. Los indios se maravillaron del fuego y humo, y se atordecieron algo del tronido, mas no huyeron; antes arremetieron con gentil denuedo y concierto, echando gritos, piedras, varas y saetas. Los nuestros movieron á paso contado, y en siendo con ellos, despararon las ballestas, arrancaron las espadas, y á estocadas mataron muchos, y como no hallaban hierro, sino carne, daban la cuchilladaza que los hendian por medio, quanto mas cortarles piernas y brazos. Los indios, aunque nunca tan fieras heridas habian visto, duraron en la pelea con la presencia y ánimo de su capitan y señor hasta que vencieron en la batalla. Al alcance y al embarcar mataron á flechazos veinte españoles é hirieron mas de cincuenta, y prendieron dos, que después sacrificaron. Quedó Francisco Hernandez con treinta y tres heridas; embarcóse á gran prisa, navegó con tristeza, y llegó á Santiago destruido, aunque con buenas nuevas de la nueva tierra.

Conquista de Yucatan.

Francisco de Montejo, natural de Salamanca, hubo la conquista y gobernacion de Yucatan con título de adelantado. Pidió al Emperador aquel adelantamiento á persuasion de Hierónimo de Aguilar, que habia estado muchos años allí, y que decia ser buena y rica tierra;

mas no lo es, á quanto ha mostrado. Tenia Montejo buen repartimiento en la Nueva-España; y así, llevó á su costa mas de quinientos españoles en tres naos el año de 26. Entró en Acuzamil, isla de su gobernacion; y como no tenia lengua, ni entendia ni era entendido; y así, estaba con pena. Meando un dia tras una pared, se llegó un isleño y le dijo *chuca va*, que quiere decir ¿cómo se llama? Escribió luego aquellas palabras porque no se le olvidasen, y preguntando con ellas por cada cosa, vino á entender los indios, aunque con trabajo, y túvolo por misterio; tomó tierra cerca de Xamanzal. Sacó la gente, caballos, tiros, vestidos, bastimentos, mercería y cosas tales para el rescate ó guerra con los indios, y dió principio á su empresa mansamente. Fué á Pole, á Mochi, y de pueblo en pueblo á Conil, donde vinieron á verle, como querian su amistad, los señores de Chuaca, y le quisieron matar con un alfanje que tomaron á un negrillo, sino que se defendió con otro. Tenian pesar por ver en su tierra gente extranjera y de guerra, y enojo de los frailes que derribaban sus ídolos sin otro comedimiento. De Conil fué á Aque, y encomenzó la conquista de Tabasco, y tardó en ella dos años; ca los naturales no lo querian por bien ni por mal. Pobló allí, y nombróla Santa María de la Victoria. Gastó otros seis ó siete años en pacificar la provincia, en los cuales pasó mucha hambre, trabajo y peligro, especial cuando lo quiso matar en Chetemal Gonzalo Guerrero, que capitaneaba los indios; el cual habia mas de veinte años que estaba casado allí con una india, y traia hendidas las orejas, corona y trenza de cabellos, como los naturales; por lo cual no quiso irse á Cortés con Aguilar, su compañero. Pobló Montejo á Sant Francisco, Campeche, á Mérida, Valladolid, Salamanca y Sevilla, y húbose bien con los indios.

Costumbres de Yucatan.

Son los de Yucatan esforzados, pelean con honda, vara, lanza, arco con dos aljabas de saetas de libiza, pez, rodela, casco de palo y corazas de algodón. Tíñense de colorado ó negro la cara, brazos y cuerpo, si van sin armas ó sin vestidos; y pónense grandes plumajes, que parecen bien. No dan batalla, sino hacen primero grandes cumplimientos y cerimonias; hiéndense las orejas, hácese coronas sobre la frente, que parecen calvos; y trézanse los cabellos, que traen largos, al colodrillo. Retájense, aunque no todos, y ni hurtan ni comen carne de hombre, aunque los sacrifican, que no es poco, segun usanza de indios. Usan la caza y pesca, que de todo hay abundancia. Crian muchas colmenas, y así hay harta miel y cera. Mas no sabian alumbrarse con ella, hasta que les mostraron los nuestros hacer velas. Labran de cantería los templos y muchas casas, una piedra con otra, sin instrumento de hierro, que no lo alcanzan, y de argamasa y bóveda. Pocos acostumbra la sodomia; mas todos idolatran, sacrificando algunos hombres; y aparéceles el diablo, especial en Acuzamil y Xicalanco, y aun después que son cristianos los ha engañado muchas veces, y ellos han sido castigados por ello. Eran grandes santuarios Acuzamil y Xicalanco, y cada pueblo tenia allí su templo ó su altar, do iban á adorar sus dioses; y entre ellos muchas

cruces de palo y de laton; de donde arguyen algunos que muchos españoles se fueron á esta tierra cuando la destruccion de España hecha por los moros en tiempo del rey don Rodrigo. Tambien habia grandísima feria en Xicalanco, donde venian mercaderes de muchas y léjos tierras á tratar; y así, era muy mentado lugar. Viven mucho estos yucataneses, y Alquímpéch, sacerdote del pueblo do es agora Mérida, vivió mas de ciento y veinte años; el cual, aunque ya era cristiano, lloraba la entrada y amistad de los españoles; y dijo á Montejo cómo habia ochenta años que vino una hinchazon pestilencial á los hombres, que reventaban llenos de gusanos, y luego otra mortandad de increíble hedor, y que hubo dos batallas, no cuarenta años antes que fuesen ellos, en que murieron mas de ciento y cincuenta mil hombres; empero que sentian mas el mando y estado de los españoles, porque nunca se irian de allí, que todo lo pasado.

Cabo de Honduras.

Descubrió Cristóbal Colon trecientas y setenta leguas de costa que ponen del rio grande de Higueras al Nombre de Dios, el año de 1502. Dicen algunos que tres años antes lo habian andado Vicente Yañez Pinzon y Juan Diez de Solis, que fueron grandísimos descubridores. Iba entonces Colon en cuatro carabelas con ciento y setenta españoles, á buscar estrecho por esta parte para pasar á la mar del Sur; que así lo pensó y dijo á los Reyes Católicos. No hizo mas que descubrir y perder los navios, segun en otro cabo lo tengo dicho. Llamó Colon puerto de Caxinas á lo que agora dicen Honduras, y Francisco de las Casas fundó allí á Trujillo el año de 25, en nombre de Fernan Cortés, cuando él y Gil Gonzalez mataron á Cristóbal de Olit, que los tenia presos, y se habia alzado contra Cortés, como lo diremos muy largo en la conquista de Méjico, hablando del trabajosísimo camino que hizo Cortés á las famosas Higueras. Es tierra fértil de mantenimientos y de mucha cera y miel. No tenían plata ni oro, teniendo riquísimas minas dél; ca no lo sacaban, ni creo que lo preciaban. Comen como en Méjico, visten, como en Castilla de oro, y participaban de las costumbres y religion de Nicaragua, que casi es la mesma mejicana. Son mentirosos, noveleros, haraganes; empero obedientes á sus amos y señor. Son muy lujuriosos, mas no casan comunmente sino con una sola mujer, y los señores con las que quieren. El divorcio es fácil entre ellos. Eran grandes idolatras, y agora son todos cristianos, y es su obispo el liconciado Pedraza. Fué por gobernador á Honduras Diego Lopez de Salceda, al cual mataron los suyos con yerbas en un pastel. Fué luego Vasco de Herrera, y arrastráronle después de haberlo muerto á puñaladas. Entró á gobernar Diego de Albitex, y diéronle yerbas en otro pastel. Como andaban tan ruveltos, no poblaron, antes despoblaron y destruyeron pueblos y hombres. Gobernó tras estos Andrés de Cereceda, y por su muerte Francisco de Montejo, adelantado de Yucatan; el cual fué allí el año de 35 con ciento y setenta españoles entre soldados y marineros. Cercó luego el peñol de Cerquin, y ganóle en siete meses, con pérdida de muchos españoles; ca el peñol era fuerte y

los indios animosos; los cuales ahorcaron á la vela, porque se durmió en el mayor hervor del combate. Castigo fué de hombres de guerra. Tomó tambien por hambre el peñol de Jamala, ca les quemó quince mil hane-gas de maíz Marquillos, negro. Pobló muchos lugares, y entre ellos á Cumayagua y á Sant Jorge, en el valle de Blanco, y reformó algunos otros, como fueron Trujillo y Sant Pedro, cerca del cual hay una laguna, donde se mudan con el viento de una parte á otra los árboles con su tierra, ó mejor diciendo, las isletas con los árboles.

Veragua y Nombre de Dios.

Estaba Veragua en fama de rica tierra desde que la descubrió Cristóbal Colon el año de 2; y así, pidió la gobernacion y conquista della al Rey Católico Diego de Nicuesa, el cual armó en el puerto de la Beata de Santo Domingo siete naos y carabelas y dos bergantines, año de 8. Embarcó mas de setecientos y ochenta españoles, y para ir allá echó á Cartagena, de quien mas noticia se tenia, por seguir la costa y no errar la navegacion. Cuando allí llegó halló destrozados los compañeros de su amigo Alonso de Hojeda, que poco antes habia ido á Uraba. Consolóle de la pena y tristeza que tenia por haberle muerto los indios á Juan de la Cosa y á otros setenta españoles en Caramairi, y concertaron entrambos de vengar aquella pérdida. Así que fueron de noche por tomar descuidados los enemigos, adonde fuera la batalla. Cercaron una aldea de cien casas y pusieronle fuego. Habia dentro trecientos vecinos y muchas mas mujeres y niños; de los cuales prendieron seis moachos, y mataron á hierro ó á fuego casi todos los demás, que pocos pudieron huir; escarbaron la ceniza, y hallaron algun oro que repartir. Con esto castigo se partió Nicuesa para Veragua. Estuvo en Coiba con el señor Careta, y de allí se adelantó con los dos bergantines y una carabela. Mandó á los otros navios que le siguiesen hasta Veragua. Esta prisa y apartamiento le sucedió mal; ca se pasó de largo, sin ver á Veragua, con la carabela. Lope de Olano, como iba en un bergantin por capitan, se llegó á tierra y preguntó por Veragua. Dijéronle que atrás quedaba. Volvió la proa, topó á Pedro de Umbria, que traia el otro bergantin, aconsejóse con él, y fueron al rio de Chiagre, que llamaron de lagartos, peces crocodillos, que comen hombres. Hallaron allí las naos de la flota, y todos juntos se fueron á Veragua, creyendo que Nicuesa estaria allí. Echaron áncoras á la boca del rio, y Pedro de Umbria fué á buscar dónde salir á tierra con una barca y doce marineros. Andaba la mar alta, y perdióse con todos ellos, excepto uno, que por padador escapó. Viendo esto, acordaron los capitanes de saliren los bergantines, y no en las barcas. Sacaron luego á tierra caballos, tiros, armas, vino, bizcocho y todos los pertrechos de guerra y belezos que llevaban, y quebraron los navios en la costa, para desafuizar los hombres de partida; y eligen por su capitan y gobernador á Lope de Olano hasta que viniese Nicuesa. Olano hizo luego una carabela de la madera de las quebradas ó carcomidas, para si le ocurriesen algunas necesidades. Comenzó un castillo á la ribera del rio Veragua.

Corrió buen pedazo de tierra, y sembró maíz, y trigo también, con propósito de poblar y permanecer allí, si Diego de Nicuesa quisiese ó no pareciese. Entendiendo en estas cosas y en haber noticia de la tierra y su riqueza, con inteligencias de indios naturales, llegaron tres españoles con el esquife de la carabela de Nicuesa, que le dijeron cómo el Gobernador quedaba en Zorobaro sin carabela, que con mal tiempo se perdió, porfiando siempre ir adelante por tierra sin camino, sin gente, llena de montes y ciénagas, comiendo tres meses raíces, yerbas y hojas, y cuando mucho frutas, y bebiendo agua no todas veces buena, y que ellos se habían venido sin su licencia. Olano envió luego allá un bergantín con aquellos mismos tres hombres para sacar de peligro á Nicuesa y traerle al ejército y río de su gobernación. Diego de Nicuesa holgó con el bergantín como con la vida, embarcóse y vino; en llegando echó preso á Lope de Olano, en pago de la buena obra que le hizo, culpándole de traición por haber usurpado aquel oficio y preeminencia, por haber quebrado las naos y porque no le había ido antes á buscar. Mostró enojo de otros muchos y de lo que todos hicieron, y dende á pocos días pregonó su partida. Rogáronle todos que se detuviese hasta coger lo sembrado, pues no se tardaría á segar, ca en cuatro meses sazona. El dijo que mas valía perder el pan que no la vida, y que no quería estar en tan mala tierra. Creo que lo hizo por quitar aquella gloria al Lope de Olano. Así que se partió de Veragua con los españoles que cupieron en los bergantines y carabela nueva, y fué á Puerto-Bello, que por su bondad le dió tal nombre Colon, y como todos acabaron de llegar, tentó la tierra, buscando pan y oro. Matáronle veinte compañeros los indios con saetas de yerba. Dejó allí los medios españoles, y con los otros medios fué al cabo del Mármol, donde hizo una fortalecilla para repararse de los indios flecheros, que llamó Nombre de Dios, y este fué su principio de aquel tan famoso pueblo. Mas con el trabajo de la obra y camino, y con la hambre y escaramuzas, no le quedaron cien españoles, de setecientos y ochenta que llevó. Venido pues á tanta disminución Nicuesa y su ejército, le llamaron los soldados de Alonso de Hojeda para que los gobernase en Uraba, ca en ausencia de Hojeda traían bandos sobre mandar Vasco Nuñez de Balboa y Martín Fernández de Enciso. Nicuesa dió las gracias que tales nuevas merecían á Rodrigo Enriquez de Colmenares, que vino por él en una carabela y un bergantín, no sin muchas lágrimas y quejas de su desventura; y sin mas pensaren ello, se fué con él, y llevó sesenta españoles en un bergantín que tenía. En el camino, olvidado de su mal consejo y ventura pasada, comenzó de hablar demasiado contra los que le llamaban por capitán general, diciendo que había de castigar á unos, quitar los oficios á otros, y tomar á todos el oro, pues no lo podían tener sin voluntad de Hojeda ó suya, que tenían del Rey título de gobernadores. Oyéronlo algunos que les tocaba de la compañía de Colmenares, y dijéronlo en Uraba. Enciso, que tenía la parte de Hojeda como su alcalde mayor, y Balboa, mudaron de propósito, y temieron oyendo semejantes cosas; y no solamente no le recibieron, empero injuriáronle y amenazáronle reciamente,

te, y aun, á lo que algunos dicen, no lo dejaron desembarcar. No plugo desto á muchos de Uraba, hombres de bien; mas no pudieron hacer al, temiendo la apresurada furia del Concejo, que Balboa indignaba. Así que Nicuesa se hubo de tornar con sus sesenta compañeros y bergantín que llevaba, muy corrido y quejoso de Balboa y Enciso. Salió del Darien 1.º de marzo del año de 14, con intención de ir á Santo Domingo á quejar de ellos. Mas ahogóse en el camino, y comiéronle peces; ó por tomar agua y comida, que llevaba poca, saltó en la costa, y comiéronse los indios; ca ói decir cómo en aquella tierra hallaron después escrito en un árbol: «Aquí anduvo perdido el desdichado Diego de Nicuesa.» Pudo ser que lo escribiese andando en Corobaro. Este fin tuvo Diego de Nicuesa y su armada y rica conquista de Veragua. Era Nicuesa de Baeza, pasó con Cristóbal Colon en el segundo viaje. Perdió la honra y hacienda que ganó en la isla Española yendo á Veragua, y descubrió sesenta leguas de tierra que hay del Nombre de Dios á los Fallarones ó roquedos del Darien, primero que nadie, y nombró Puerto de Misas al río Pito. De cuantos españoles allá llevó, no quedaron vivos, en menos de tres años, sesenta, y aquellos murieron de hambre si no los pasaran de Puerto-Bello al Darien. Comieron en Veragua cuantos perros tenían, y tal hubo que se compró en veinte castellanos, y aun de allí á dos días cocieron el cuero y cabeza, sin mirar que tenía sarna y gusanos, y vendieron la escudilla de caldo á castellano. Otro español guisó dos sapos de aquella tierra, que usan comer los indios, y los vendió con grandes ruegos á un enfermo en seis ducados. Otros españoles se comieron un indio que hallaron muerto en el camino donde iban á buscar pan; del cual hallaban poco por el campo, y los indios no se lo querían dar. Andan ellos desnudos, y llaman ome al hombre; y ellas cubiertas del ombligo abajo, y traen cercillos, manillas y cadenas de oro. Felipe Gutierrez, de Madrid, pidió la gobernación de Veragua por ser rico rio; y fué allá con mas de cuatrocientos soldados el año de 36, y los mas perecieron de hambre ó yerba. Comieron los caballos y perros que llevaban. Diego Gomez y Juan de Ampudia de Ajofrin se comieron un indio de los que mataron, y luego se juntaron con otros hambrientos, y mataron á Hernán Darías, de Sevilla, que estaba doliente, para comer; y otro día comieron á un Alonso Gonzalez, pero fueron castigados por esta inhumanidad y pecado. Llegó á tanto la desventura destos compañeros de Felipe Gutierrez, que Diego de Ocampo, por no quedar sin sepultura, se enterró vivo él mismo en el hoyo que vió para otro español muerto. El almirante don Luis Colon envió á poblar y conquistar á Veragua el año de 46 al capitán Cristóbal de Peña, con buena compañía de gente española. Mas también le fué mal, como á los otros. Y así, no se ha podido sujetar aquel rio y tierra. En el concierto que hubo entre el Rey y el Almirante sobre sus privilegios y mercedes, le fué dada Veragua con título de duque, y de marqués de Jamáica.

El Darien.

Rodrigo de Bastidas armó en Cáliz, el año de 2 (con licencia de los Reyes Católicos), dos carabelas á su pro-

pia costa y de Juan de Ledesma y otros amigos suyos. Tomó por piloto á Juan de la Cosa, vecino del puerto de Santa María, experto marinero, á quien, como poco há conté, mataron los indios, y fué á descubrir tierra en Indias. Anduvo mucho por donde Cristóbal Colon, y finalmente descubrió y costó de nuevo ciento y setenta leguas que hay del cabo de la Vela al golfo de Uraba y Fallarones del Darien. En el cual trecho de tierra están, contando hácia levante, Caribana, Zenu, Cartagena, Zamba y Santa Marta. Como llegó á Santo Domingo perdió las carabelas con broma, y fué preso por Francisco de Bobadilla, á causa que rescatara oro y tomara indios, y enviado á España con Cristóbal Colon. Mas los Reyes Católicos le hicieron merced de docientos ducados de renta en el Darien, en pago del servicio que les había hecho en aquel descubrimiento. Toda esta costa que descubrió Bastidas y Nicuesa, y la que hay del cabo de la Vela á Paria, es de indios que comen hombres y que tiran con flechas envenenadas; á los cuales llaman caribes, de Caribana, ó porque son bravos y feroces, conforme al vocablo; y por ser tan inhumanos, crueles, sodomitas, idólatras, fueron dados por esclavos y rebeldes, para que los pudiesen matar, captivar y robar, si no quisiesen dejar aquellos grandes pecados y tomar amistad con los españoles y la fe de Jesucristo. Este decreto y ley hizo el Rey Católico don Fernando con acuerdo de su consejo y de otros letrados, teólogos y canonistas; y así, dieron muchas conquistas con tal licencia. A Diego de Nicuesa y Alonso de Hojeda, que fueron los primeros conquistadores de tierra firme de Indias, dió el Rey una instrucción de diez ó doce capítulos. El primero, que les predicasen los Evangelios. Otro, que les rogasen con la paz. El octavo, que queriendo paz y fe, fuesen libres, bien tratados y muy privilegiados. El nono, que si perseverasen en su idolatría y comida de hombres y en la enemistad, los captivasen y matasen libremente; que hasta entonces no se consentía. Alonso de Hojeda, natural de Cuenca, que fué capitán de Colon contra Caonabo, armó el año de 8, en Santo Domingo, cuatro navíos á su costa y trescientos hombres. Dejó al bachiller Martín Fernández de Enciso, su alcalde mayor por cédula del Rey, para llevar tras él otra nao con ciento y cincuenta españoles y mucha vitualla, tiros, escopetas, lanzas, ballestas y municion, trigo para sembrar, doce yeguas y un hato de puercos para criar; y el partió de la Beata por diciembre. Llegó á Cartagena, requirió los indios, y hizoles guerra como no quisieron paz. Mató y prendió muchos. Hubo algun oro, mas no puro, en joyas y arreos del cuerpo. Cebóse con ello, y entró la tierra adentro cuatro leguas ó cinco, llevando por guía ciertos de los captivos. Llegó á una aldea de cien casas y trescientos vecinos. Combatióla, y retiróse sin tomarla. Defendiéronse tan bien los indios, que mataron setenta españoles y á Juan de la Cosa, segunda persona después de Hojeda, y se los comieron. Tenían espadas de palo y piedra, flechas con puntas de hueso y pederual y untadas de yerba mortal. Varas arrojadas, piedras, rodellas y otras armas ofensivas. Estando allí llegó Diego de Nicuesa con su flota, de que no poco se holgaron Hojeda y los suyos. Concertáronse todos, y fue-

ron una noche al lugar donde murió Cosa y los setenta españoles; cercáronlo, pusieronle fuego; y como las casas eran de madera y hoja de palmas, ardió bien. Escaparon algunos indios con la escuridad; pero los mas, ó cayeron en el fuego ó en el cuchillo de los nuestros, que no perdonaron sino á seis muchachos. Allí se vengó la muerte de los setenta españoles. Hallóse debajo de la ceniza oro, pero no tanto como quisieran los que la excarvaron. Embarcáronse todos, y Nicuesa tomó la via de Veragua, y Hojeda la de Uraba. Pasando por Isla-Fuerte tomó siete mujeres, dos hombres, y docientas onzas de oro en ajorcas, arracadas y collarejos. Salió á tierra en Caribana, solar de Cariben, como algunos quieren que esté, á la entrada del golfo de Uraba. Desembarcó los soldados, armas, caballos y todos los pertrechos y bastimentos que llevaba. Comenzó luego una fortaleza y pueblo donde se recoger y asegurar, en el mismo lugar que cuatro años antes la había comenzado Juan de la Cosa. Este fué el primer pueblo de españoles en la tierra firme de Indias. Quisiera Hojeda atraer de paz aquellos indios por cumplir el mandato real y para poblar y vivir seguro; mas ellos, que son bravos y confiados de sí en la guerra, y enemigos de extranjeros, despreciaron su amistad y contratación. El entonces fué á Tiripi, tres ó cuatro leguas metido en tierra y tenido por rico. Combatiólo, y no lo tomó; ca los vecinos le hicieron huir con daño y pérdida de gente y reputacion, así entre indios como entre españoles. El señor de Tiripi echaba oro por sobre los adarves, y flechaban los suyos á los españoles que se abajaban á cogerlo, y al que allí herian, moría rabiando. Tal ardid usó conociendo su codicia. Sentian ya los nuestros falta de mantenimientos, y con la necesidad fueron á combatir á otro lugar, que unos captivos decian estar muy bastecido, y trajeron dél muchas cosas de comer y prisioneros. Hojeda hubo allí una mujer. Vino su marido á tratarle libertad. Prometió de traer el precio que le pidió: fué, y tornó con ocho compañeros flecheros, y en lugar de dar el oro prometido, dieron saetas emponzoñadas. Hirieron al Hojeda en un muslo; mas fueron muertos todos nueve por los españoles que con su capitán estaban. Hecho fué de hombre animoso, y no bárbaro, si le sucediera bien. A esta sazón vino allí Bernardino de Talavera con una nao cargada de bastimentos y de sesenta hombres, que apañó en Santo Domingo, sin que lo supiese el Almirante ni justicia. Proveyó á Hojeda en gran coyuntura y necesidad. Empero no dejaban por eso los soldados de murmurar y quejarse que los había traído á la carnicería y los tenía donde no les valiesen sus manos y esfuerzo. Hojeda los entretenía con esperanza del socorro y provision que había de llevar el bachiller Enciso, y maravillábase de su tardanza. Ciertos españoles se concertaron de tomar dos bergantines de Hojeda, y tornarse á Santo Domingo ó irse con los de Nicuesa. Entendiólo él, y por estorbar aquel motin y desman en su gente y pueblo, se fué en la nao de Talavera, dejando por su teniente á Francisco Pizarro. Prometió de volver dentro de cincuenta días, y si no, que se fuesen donde les pareciese; ca él les soltaba la palabra. Tanto se fué de Uraba Alonso de Hojeda por curar su herida, cuanto por buscar al ba-

chiller Enciso, y aun porque se le morian todos. Partió pues de Caribana Alonso de Hojeda, y con mal tiempo que tuvo, fué á dar en Cuba, cerca del cabo de Cruz. Anduvo por aquella costa con grandes trabajos y hambre; perdió casi todos los compañeros. A la fin aportó á Santo Domingo muy malo de su herida; por cuyo dolor, ó por no tener aparejo para tornar á su gobernacion y ejército, se quedó allí, ó como dicen, se metió fraile francisco, y en aquel hábito acabó su vida.

Fundacion de la Antigua del Darien.

Pasados que fueron los cincuenta dias, dentro de los cuales debia de tornar Hojeda con nueva gente y comida, segun prometiera, se embarcó Francisco Pizarro y los setenta españoles que habia, en dos bergantines que tenian, ca la grandisima hambre y enfermedades los forzó á dejar aquella tierra comenzada de poblar. Sobrevinieron navegando una tormenta, que se anegó el uno, y fué la causa cierto pece grandisimo, que con andar la mar turbada andaba fuera de agua. Arrimóse al bergantin como á tragárselo, y dióle un zurriagon con la cola, que hizo pedazos el timon; de que muy atónitos fueron considerando que los perseguia el aire, la mar y peces, como la tierra. Francisco Pizarro fué consu bergantin á la isla Fuerte, donde no le consintieron salir á tierra los isleños caribes. Echó hácia Cartagena por tomar agua, que morian de sed, y topó cerca de Cochibocoa con el bachiller Enciso, que traia un bergantin y una nao cargada de gente y bastimentos á Hojeda, y contóle todo el suceso y partida del Gobernador. Enciso no lo creia, sospechando que huia con algun robo ó delito; empero como vió sus juramentos, su desnudez, su color de tiriciados con la ruin vida ó aires de aquella tierra, creyólo. Pesóle, y mandóles volver con él allá. Pizarro y sus treinta y cinco compañeros le daban dos mil onzas de oro que traian, porque los dejase ir á Santo Domingo ó á Nicuesa, y no los llevase á Uraba, tierra de muerte; mas él no quiso sino llevarlos. En Camairi tomó tierra para tomar agua y adobar la barca. Sacó hasta cien hombres, porque supó ser caribes los de allí. Mas como los indios entendieron que no era Nicuesa ni Hojeda, diéronle pan, peces y vino de maíz, y frutas, y dejáronle estar y hacer cuanto menester hubo, de que Pizarro se maravilló. Al entrar en Uraba topó la nave, por culpa del timonero y piloto, en tierra, ahogáronse las yeguas y puerkas, perdióse casi toda la ropa y vitualla que llevaba, y harto hicieron de salvarse los hombres. Entonces creyó de veras Enciso los desastres de Hojeda, y temieron todos de morir de hambre ó yerba. No tenian las armas que convenia para pelear contra flechas, ni navíos para irse. Comian yerbas, fruta y palmitos y dátiles, y algun javali que cazaban. Es chica manera de puerco sin cola, y los piés traseros no hendidos, con uña. Enciso, queriendo ser antes muerto de hambre, entró con cien compañeros la tierra adentro á buscar gente y comida. Encontró con tres flecheros, que sin miedo esperaron, descargaron sus carcajes, hirieron algunos cristianos, y fueron á llamar otros muchos, que venidos, representaron batalla, diciendo mil injurias á los nuestros. Enciso y sus cien compañeros se volvieron,

maldiciendo la tierra que tan mortal yerba producía, y dejáronles algunos españoles muertos que comiesen. Acordaron de mudar hito por mudar ventura. Informáronse de unos captivos qué tierra era la de allende aquel golfo; y como les dijeron que buena y abundante de rios y labranza, pasáronse allá, y comenzaron á edificar un lugar, que nombró Enciso villa de la Guardia, ca los habia de guardar de los caribes. Los indios comarcanos estuvieron quedos al principio, mirando aquella nueva gente; mas como vieron edificar sin licencia en su propia tierra, enojáronse; y así, Cemaco, señor de allí, sacó de su pueblo el oro, ropa y cosas que valian algo, metiólo en un cañaveral espeso, púsose con hasta quinientos hombres bien armados á su manera en un cerrillo, y de allí amenazaba los extranjeros, encarando las flechas y diciendo que no consintiria advenedizos en su tierra ó los mataria. Enciso ordenó sus cien españoles, tomóles juramento que no huirían, prometió enviar cierta plata y oro á la Antigua de Sevilla si alcanzaba victoria, y hacer un templo á Nuestra Señora de la casa del Cacique, y llamar al pueblo Santa María del Antigua. Hizo oracion con todos de rodillas, arremetieron á los enemigos, pelearon como hombres que lo habian bien menester, y vencieron. Cemaco y los suyos huyeron mucha tierra, no pudiendo sufrir los golpes y heridas de las espadas españolas. Entraron los nuestros en el lugar, y mataron la hambre con mucho pan, vino y frutas que habia. Tomaron algunos hombres en cueros, y mujeres vestidas de la cinta al pié. Corrieron otro dia la ribera, y hallaron el rio arriba la ropa y fardaje del lugar en un cañaveral, muchos vasos de barro y palo y otras alhajas; dos mil libras de oro en collares, bronchas, manillas y cercillos, y otros joyeles bien labrados que usan traer ellas. Muchas gracias dieron á Cristo y á su gloriosa Madre, Enciso y los compañeros, por la victoria, y por haber hallado rica tierra y buena. Enviaron por los ochenta españoles de Uraba, que dejando aquella punta tan azar para españoles, se fueron á ser vecinos en el Darien, que nombraron Antigua, el año de 9. Enciso usaba de capitan y alcalde mayor, conforme á la cédula del Rey que para serlo tenia; de lo qual murmuraban algunos, agraviados que los capitanease un letrado: y por eso, ó por alguna otra pasioncilla, le contradijo Vasco Nuñez de Balboa, negando la provision real, y alegando que ya ellos no eran de Hojeda. Sobornó muchos atrevidos como él, y vedóle la jurisdiccion y capitania. Así se dividieron aquellos pocos españoles de la Antigua del Darien en dos parcialidades: Balboa bandeaba la una y Enciso la otra, y anduvieron en esto un año.

Bandos entre los españoles del Darien.

Rodrigo Enriquez de Colmenares salió de la Beata de Santo Domingo con dos carabelas bastecidas de armas y hombres, en socorro de la gente de Hojeda, y de mucha vitualla que comiesen, ca tenian nuevas de su gran hambre. Tuvo dificultosa navegacion. Cuando llegó á Garía echó cincuenta y cinco españoles á tierra con sus armas para coger agua en aquel rio, que llevaba falta; los cuales, ó por no ver indios, ó por deleitarse

echados en la tierra, se descuidaron de sus vidas. Vinieron ochocientos indios flecheros con gana de comer cristianos sacrificados á sus idolos, y antes que se rebullesen los nuestros flecharon de muerte cuarenta y siete dellos, y prendieron uno. Quebraron el batel y amenazaron las naos. Los siete que huyeron ó escaparon de la refriega se escondieron en un árbol hueco. Cuando á la mañana miraron por las carabelas eran idas, y fueron tambien ellos comidos. Colmenares quiso antes padecer sed que muerte, y no paró hasta Caribana. Entró en el golfo de Uraba; surgió donde Hojeda y Enciso; como no halló mas del rastro y rancho de los que buscaba, temió ser muerto. Hizo muchas ahumadas aquella noche en los altos, y disparó á un tiempo la artillería de ambas carabelas para que les sintiesen. Los de la Antigua, que oyeron los tiros, respondieron con grandes lumbres, á cuya señal fué Colmenares. Nunca españoles se abrazaron con tantas lágrimas de placer como estos; unos por hallar, otros por ser hallados. Recreáronse con la carne, pan y vino que las naos llevaban, y vistiéronse aquellos trabajados españoles, que traian andrajos, y renovaron las armas. Con los sesenta de Colmenares eran casi ciento y cincuenta, é ya no temian mucho á los indios ni á la fortuna, por tener dos naos y otros tantos bergantines; ni aun al Rey, pues traian bandos. Colmenares y muchos españoles de bien querian enviar por Diego de Nicuesa que los gobernase, pues tenia provision del Rey, y quitar las diferencias y enojos que allí habia; Enciso y Balboa, que bandeaban, no querian que otro gozase de su industria y sudor; y decian que, no solo ellos, pero muchos del pueblo, podian ser capitanes y cabeza de todos tan bien y mejor que Nicuesa. Mas aunque pesó á los dos, lo enviaron á llamar con Rodrigo de Colmenares en un bergantin de Enciso y en su nave. Fué pues Colmenares, y halló á Nicuesa en el Nombre de Dios, tal cual la historia os cuenta, flaco, descolorido, medio desnudo, y con hasta sesenta compañeros hambrientos y desarrapados. Todos lloraron cuando se vieron, estos de placer y aquellos de lástima. Colmenares consoló á Nicuesa, y le hizo la embajada que de parte de los hidalgos y hombres buenos del Darien llevaba. Dióle gran esperanza de soldar las quiebras y daños pasados, si á tan buena tierra iba, y rogóle que fuese. Diego de Nicuesa, que nunca tal pensó, le dió las gracias que merecia tal nueva y amigo, y la desventura en que metido estaba. Embarcóse luego con sus sesenta compañeros en un bergantin que tenia, y partióse con Rodrigo de Colmenares. Ensoberbecióse mas de lo que compia; y pensando que ya era caudillo y señor de treientos españoles y una villa, desmandóse á decir muchas cosas contra Balboa y Enciso y otros; que castigaria unos, que quitaria oficios á otros, y á otros los dineros, pues no los podian tener sin autoridad de Hojeda ó suya. Oyéronlo muchos de los que iban en compañía de Colmenares, á quien aquello tocaba por sí ó por sus amigos, y en llegando á la Antigua dijéronlo en concejo, y quizá con parecer del mismo Colmenares, que nada le parecieron bien las amenazas y palabras locas de Nicuesa. Indignáronse grandemente todos los del Antigua contra Nicuesa, especial Balboa y Enciso, y no le dejaron salir á

tierra, ó en saliendo, lo hicieron embarcar con sus compañeros, y lo cargaron de villanias, sin que ninguno se lo reprehendiese, cuanto mas estorbaba. Así que le fué forzado irse de allí, adonde se perdió. Ido Nicuesa, quedaron aquellos del Antigua tan desconformes como primero, y muy necesitados de comida y de vestidos. Balboa fué mas parte en el pueblo que no Enciso, por juntarsele Colmenares. Prendióle ya cusóle que habia usado oficio de juez sin facultad del Rey. Confiscóle los bienes, y aun lo azotara cuando menos, si no fuera por buenos rogadores: mejor merecia él aquella pena y afrenta; ca incurria y pecaba en lo que al otro culpaba, haciéndose juez, capitan y gobernador; aunque tambien Enciso pagó allí la mucha culpa que tuvo en desechar y maltratar á Nicuesa. El bachiller Enciso no podía mostrar la provision real que tuvo, por habersele perdido cuando su nao encalló y quebró entrando en Uraba; y como era menos poderoso, no bastaba á contrastar ni librarse por fuerza. Y como se vió libre, embarcóse para Santo Domingo, aunque le rogaron de parte de Balboa se quedase por alcalde mayor; y de allí se vino á España, y dió grandes quejas é informaciones de Vasco Nuñez de Balboa al Rey, el año de 12. Los del consejo de Indias pronunciaron una rigorosa sentencia contra él; pero no se ejecutó por los grandes hechos y servicio que al Rey hizo en el descubrimiento de la mar del Sur, y conquista de Castilla de Oro, segun abajo dirémos.

De Panquiaco, que dió nuevas de la mar del Sur.

Luego que Balboa se vió solo en mandar, atendió á bien regir y acaudillar aquellos docientos y cincuenta vecinos de la Antigua. Escogió cien y treinta españoles, y llevando consigo á Colmenares, fué á Coiba á buscar de comer para todos, y oro tambien, que sin él no tenian placer. Pidió al señor Careta ó Chima (como dicen otros) bastimentos, y porque no se los dió llevólo preso al Darien con dos mujeres que tenia y con los hijos y criados. Despojó el lugar, y halló tres españoles dentro, de los de Nicuesa; los cuales sirvieron medianamente de intérpretes, y dijeron el buen tratamiento que Careta les habia hecho en su casa y tierra. Soltóle Balboa por ello, con juramento que hizo de ayudarle contra Ponca, su proprio enemigo, y bastecer el campo. Tras este viaje despacharon á Valdivia, amigo de Balboa, y á Zamudio á Santo Domingo por gente, pan y armas, y con proceso contra Martín Fernandez de Enciso, que llevase uno dellos á España. Entró Balboa mas de veinte leguas por la tierra con favor de Careta. Saquéo un lugar, donde hubo algunas cosas de oro; mas no pudo hallar al señor Ponca, que huyo con tiempo y con lo mas y mejor que pudo. No le pareció bien la guerra tan dentro en tierra, y movióla á los de la costa. Fué á Comagre, é hizo paces con el señor por medio de un caballero de Careta. Tenia Comagre siete hijos de otras tantas mujeres, una casa de maderas grandes bien entretrejidas, con una sala de ochenta pasos ancha, y larga cien y cincuenta, y con el techo que parecia de artesones. Tenia una bodega con muchas cubas y tinajas llenas de vino hecho de grano y fruta, blanco, tinto, dulce y agrete, de dátiles y arrope: cosa que satisfizo

á nuestros españoles. Panquiaco, hijo mayor de Comagre, dió á Balboa setenta esclavos hechos á su manera, para servir los españoles, y cuatro mil onzas de oro en joyas y piezas primamente labradas. El juntó aquel oro con lo que antes tenía, fundiolo, y sacando el quinto del Rey, repartiolo entre los soldados. Pesando las suertes á la puerta de palacio, rññieron unos españoles sobre la particion: Panquiaco entonces dió una puñada en el peso, derramó por el suelo el oro de las balanzas, y dijo: «Si yo supiera, cristianos, que sobre mi oro habiades de reñir, no vos lo diera; ca soy amigo de toda paz y concordia. Maravillome de vuestra ceguera y locura, que deshaceis las joyas bien labradas por hacer dellas palillos, y que siendo tan amigos rññais por cosa vil y poca. Mas os valiera estar en vuestra tierra, que tan lejos de aquí está, si hay allá tan sabia y polida gente como afirmáis, que no venir á reñir en la ajena, donde vivimos contentos los groseros y bárbaros hombres que llamais. Mas empero, si tanta gana de oro teneis, que desasosegueis y aun mateis los que lo tienen, yo vos mostraré una tierra donde os harteis dello.» Maravilláronse los españoles de la buena plática y razones de aquel mozo indio, y mas de la libertad con que habló. Preguntáronle aquellos tres españoles de Nicuesa, que sabian algo la lengua, cómo se llamaba la tierra que decía, y cuánto estaba de allí. El respondió que Tumanama, y que era léjos seis soles ó jornadas; pero que habian menester mas compañía para pasar unas sierras de caribes que estaban antes de llegar á la otra mar. Como Balboa oyó la otra mar, abrazólo, agradeciéndole tales nuevas. Rogóle que se volviese cristiano, y llamóle don Carlos, como el príncipe de Castilla, que fué después emperador don Carlos. Panquiaco fué siempre amigo de cristianos, y prometió ir con ellos á la mar del Sur bien acompañado de hombres de guerra, pero con tal que fuesen mil españoles; ca le parecía que sin menos no se podría vencer Tumanama ni los otros reyezuelos. Dijo tambien que si dél no fiaban, lo llevasen atado; y si verdad no fuese cuanto habia dicho, que lo colgasen de un árbol; y ciertamente él contó verdad; ca por la via que dijo se halló muy rica tierra y la mar del Sur, tan deseada de muchos descubridores; y Panquiaco fué quien primero dió noticia de aquella mar, aunque quieren algunos decir que diez años antes tuvo nueva de Cristóbal Colón, cuando estuvo en Puerto-Bello y cabo del Mármol, que agora dicen Nombre de Dios.

Guerras del golfo de Uraba, que hizo Vasco Nuñez de Balboa.

Balboa se tornó al Darien lleno de grandísima esperanza que hallando la mar del Sur hallaria muy muchas perlas, piedras y oro. En lo cual pensaba hacer, como hizo, muy crecido servicio al Rey, enriquecer á sí y á sus compañeros, y cobrar un gran renombre. Comunicó su alegría con todos, y dió á los vecinos la parte que les cupo, bien que menor que la de sus compañeros; y envió quince mil pesos al Rey, de su quinto, con Valdivia, que ya era vuelto de Santo Domingo con alguna poca de vitualla, y la relacion de Panquiaco para que su alteza le enviase mil hombres. Mas no llegó á España, ni aun á la Española, mas de la fama; ca se perdió

la carabela en las Víboras, islas de Jamáica, ó en Cuba, cerca de cabo de Cruz, con la gente y con el oro del Rey y de otros muchos. Esta fué la primera gran pérdida de oro que hubo de Tierra-Firme. Padecía Balboa y los otros españoles del Darien grandísima necesidad de pan, porque un torbellino de agua se les llevó y anegó casi todo el maíz que tenían sembrado; y para proveer la villa de mantenimiento acordó costear el golfo, y por ver tambien cuán grande y rico era. Así que armó un bergantín y muchas barcas, en que llevó cien españoles, fue á un gran rio que nombró San Juan. Subió por él diez leguas, y halló muchas aldeas sin gente ni comida; ca el señor de allí, que llaman Dabaiba, huyera por el miedo que le puso Cemaco del Darien; el cual se acogió allá cuando lo venció Enciso. Buscó las casas, y topó con grandes montones de redes de pescar, mantas y ajuar de casa, y con muchos rimeros de flechas, arcs, dardos y otras armas, y con hasta siete mil pesos de oro en diversas piezas y joyas, con que se volvió, aunque mal contento por no traer pan. Tomóle tormenta, perdió una barca con gente, y echó á la mar casi todo lo que traía, sino fué el oro. Vinieron mordidos de murciélagos enconados, que los hay en aquel rio tan grandes como tórtolas. Rodrigo de Colmenares fué al mismo tiempo por otro rio mas al levante con sesenta compañeros, y no halló sino cañafistola. Balboa se juntó con él, que sin maíz no podían pasar, y entrambos entraron por otro rio, que llamaron Negro, cuyo señor se nombraba Abenamaquei, al cual prendieron con otros principales; y un español á quien él hiriera en la escaramuza, le cortó un brazo después de preso, sin que nadie lo pudiese estorbar: cosa fea y no de español. Dejó allí Balboa la mitad de los españoles, y con la otra mitad fué á otro rio de Abibeiba, donde halló un lugarejo edificado en árboles, de que mucho rieron nuestros españoles, como de cosa nueva y que parecía vecindad de cigüeñas ó picazas. Eran tan altos los árboles, que un buen bracero tenía que pasarlos con una piedra, y tan gordos, que apenas los abarcaban ocho hombres asidos de las manos. Balboa requirió al Abibeiba de paz, sino que le derribaría la casa. El, confiado en la altura y gordor del árbol, respondió ásperamente; mas como vió que con hachas lo cortaban por el pié, temió la caída. Bajó con dos hijos, hizo paces, dijo que ni tenía oro ni lo queria, pues no le era provechoso ni necesario. Pero como le ahincaron por ello, pidió término para ir á buscarlo, y nunca tornó, sino fué á otro señorcillo, dicho Abraibe, que cerca estaba, con quien lloró su deshonra; y para cobralla acordaron los dos de dar en los cristianos de rio Negro y matarlos. Fueron pues allá con quinientos hombres; mas pensando hacer mal, lo rescibieron. Pelearon y perdieron la batalla. Huyeron ellos, y quedaron muertos y presos casi todos los suyos. No empero escarmenaron desta vez; antes sobornaron muchos vecinos, y se conjuraron con Cemaco, Abibeiba y Abenamaguei, que libre estaba, de ir al rio Darien á quemar el pueblo de cristianos y comerlos á ellos. Así que todos cinco armaron cien barcas y cinco mil hombres por tierra. Señalaron á Tiquiri, un razonable pueblo, para coger las armas y vituallas del ejército. Repartieron entre sí las

cabezas y ropa de los españoles que habian de matar, y concertaron la junta y salto para un cierto día; mas antes que llegase fué descubierta la conjuracion por esta manera: tenía Vasco Nuñez una india por amiga, la mas hermosa de cuantas habian cativado; á la cual venia muchas veces un su hermano, criado de Cemaco, que sabia toda la trama del negocio. Juramentóla primero; contóle el caso y rogóle que se fuese con él, y no esperase aquel trance, ca podía peligrar en él. Ella puso achaque para no ir entonces, ó por decirlo á Balboa, que lo amaba, ó pensando que hacia antes bien que mal á los indios. Descubrió pues el secreto, porque no muriesen todos. Balboa esperó que viniese, como solía, el hermano de su india. Venido, apremióle, y confesó todo lo sucedido. Así que tomó setenta españoles, y fué para Cemaco, que á tres leguas estaba. Entró en el lugar, no halló al señor, y trajo presos muchos indios con un pariente de Cemaco. Rodrigo de Colmenares fué á Tiquiri con sesenta compañeros en cuatro barcas, llevando por guia el indio que manifestó su conjuracion. Llegó sin que allá lo sintiesen, saqueó el lugar, prendió muchas personas, ahorcó al que guardaba las armas y bastimentos de un árbol que habia el mismo plantado, é hizolo asatear con otros cuatro principales. Con estos dos sacos y castigos se bastecieron muy bien nuestros españoles, y se amedrentaron los enemigos en tanto grado, que no osaron de allí adelante urdir semejante tela. Parecióles á Vasco Nuñez y á los otros vecinos de la Antigua que ya podian escribir al Rey cómo tenían conquistada la provincia de Uraba, y juntáronse á nombrar procuradores en regimiento. Mas no se concertaron en muchos dias, porque Balboa queria ir, y todos se lo contradecian, unos por miedo de los indios, otros del sucesor. Escogieron finalmente á Juan de Quicedo, hombre viejo, honrado y oficial del Rey, y que tenia allí su mujer, prenda para volver. Mas por si algo le aconteciese en el camino, y para mas autoridad y crédito con el Rey, le dieron acompañado, y fué Rodrigo Enriquez de Colmenares, soldado del Gran Capitan y capitan en Indias. Partieron pues estos dos procuradores del Darien por setiembre del año de 12, en un bergantín, con relacion de todo lo sucedido y con cierto oro y joyas, y á pedir mil hombres al Rey para descubrir y poblar en la mar del Sur, si acaso Valdivia no fuese llegado á la corte.

Descubrimiento de la mar del Sur.

Era Vasco Nuñez de Balboa hombre que no sabia estar parado; y aunque tenia pocos españoles para los muchos que menester eran, segun don Carlos Panquiaco decía, se determinó ir á descubrir la mar del Sur, porque no se adelantase otro y le hurtase la bendicion de aquella famosa empresa, y por servir y agradar al Rey, que dél estaba enojado. Aderezó un galeoncillo que poco antes llegara de Santo Domingo, y diez barcas de una pieza. Embarcóse con ciento y noventa españoles escogidos, y dejando los demás bien proveídos, se partió del Darien, 4.º de setiembre año de 13. Fué á Careta; dejó allí las barcas y navío y algunos compañeros. Tomó ciertos indios para guia y lengua, y el camino de las sierras que Panquiaco le mostrara.

HA.

Entró en tierra de Ponca, que huyó como otras veces solía. Siguiéronle dos españoles con otros tantos caretanos, y trajéronle con salvoconduto. Venido, hizo paz y amistad con Balboa y cristianos, y en señal de firmeza dióles ciento y diez pesos de oro en joyuelas, tomando por ellas hachas de hierro, contezuelas de vidrio, cascabeles y cosas de menos valor, empero preciosas para él. Dió tambien muchos hombres de carga y para que abriesen camino; porque como no tienen contratacion con serranos, no hay sino unas sendillas como de ovejas. Con ayuda pues de aquellos hombres hicieron camino los nuestros, á fuerza de brazos y hierro, por montes y sierras, y en los rios puentes, no sin grandísima soledad y hambre. Llegó en fin á Cuareca, do era señor Torecha, que salió con mucha gente no mal armada, á le defender la entrada en su tierra si no le contentasen los extranjeros barbudos. Preguntó quién eran, qué buscaban y á dó iban. Como oyó ser cristianos, que venian de España, y que andaban predicando nueva religion y buscando oro, y que iban á la mar del Sur, díjoles que se tornasen atrás sin tocar á cosa suya, so pena de muerte. Y visto que hacer no lo querian, peleó con ellos animosamente. Mas al cabo murió peleando, con otros seiscientos de los suyos. Los otros huyeron á mas correr, pensando que las escopetas eran truenos, y rayos las pelotas; y espantados de ver tantos muertos en tan poco tiempo; y los cuerpos, unos sin brazos, otros sin piernas, otros hendidos por medio, de fieras cuchilladas. En esta batalla se tomó preso un hermano de Torecha en hábito real de mujer, que no solamente en el traje, pero en todo lo al, salvo en parir, era hembra. Entró Balboa en Cuareca; no halló pan ni oro, que lo habian alzado antes de pelear. Empero halló algunos negros esclavos del señor. Preguntó de dónde los habian, y no le supieron decir ó entender mas de que habia hombres de aquel color cerca de allí, con quien tenían guerra muy ordinaria. Estos fueron los primeros negros que se vieron en Indias, y aun pienso que no se han visto mas. Aperreó Balboa cincuenta putos que halló allí, y luego quemólos, informado primero de su abominable y sucio pecado. Sabida por la comarca esta victoria y justicia, le traían muchos hombres de sodomía que los matase. Y segun dicen, los señores y cortesanos usan aquel vicio, y no el comun; y regalaban á los alanos, pensando que de justicieros mordian los pecadores; y tenían por mas que hombres á los españoles, pues habian vencido y muerto tan presto á Torecha y á los suyos. Dejó Balboa allí en Cuareca los enfermos y cansados, y con sesenta y siete que recios estaban, subió una gran sierra, de cuya cumbre se parecia la mar austral, segun las guias decian. Un poco antes de llegar arriba mandó parar el escuadron, y corrió á lo alto. Miró hácia mediodía, vió la mar, y en viéndola arrodillóse en tierra y alabó al Señor, que le hacia tal merced. Llamó los compañeros, mostróles la mar, y díjoles: «Veis allí, amigos míos, lo que mucho deseábamos. Demos gracias á Dios, que tanto bien y honra nos ha guardado y dado. Pidámosle por merced nos ayude y guie á conquistar esta tierra y nueva mar que descubrimos y que nunca jamás cristiano la vido, para predicar en ella el santo Evangelio

y bautismo, y vosotros sed los que soleis, y seguidme; que con favor de Cristo seréis los mas ricos españoles que á Indias han pasado, haréis el mayor servicio á vuestro rey que nunca vasallo hizo á señor, y habréis la honra y prez de cuanto por aquí se descubriere, conquistare y convirtiere á nuestra fe católica. Todos los otros españoles que con él iban hicieron oracion á Dios, dándole muchas gracias. Abrazaron á Balboa, prometiendo de no faltalle. No cabian de gozo por haber hallado aquel mar. Y á la verdad, ellos tenian razon de gozarse mucho, por ser los primeros que lo descubrieron y que hacian tan señalado servicio á su príncipe, y por abrir camino para traer á España tanto oro y riquezas cuantas después acá se han traído del Perú. Quedaron maravillados los indios de aquella alegre novedad, y mas cuando vieron los muchos montones de piedras que hacian con su ayuda, en señal de posesion y memoria. Vió Balboa la mar del Sur á los 23 de setiembre del año de 13, antes de mediodía. Bajó la sierra muy en ordenanza; llegó á un lugar de Chiape, cacique rico y guerrero. Rogóle por los farautes que le dejase pasar adonde iba de paz, y le proveyese de comida por sus dineros; y si queria su amistad, que le diria grandes secretos y haria muchas mercedes de parte del poderosísimo rey, su señor, de Castilla. Chiape respondió que ni queria darle pan ni paso ni su amistad. Burlaba oyendo decir que le harian mercedes los que las pedian; y como vió pocos españoles, amenazólos, braveando mucho, si no se volvian. Salió luego con un gran escuadron bien armado y en concierto, á pelear. Balboa soltó los alanos y escopetas, y arremetió á ellos animosamente, y á pocas vueltas los hizo huir. Siguió el alcance y prendió muchos, que, por ganar crédito de piadoso, no los mataba. Huian los indios de miedo de los perros, á lo que dijeron, y principalmente por el trueno, humo y olor de la pólvora, que les daba en las narices. Soltó Balboa casi todos los que prendió en esta escaramuza, y envió con ellos dos españoles y ciertos cuarecanos á llamar á Chiape, diciendo que si venia lo ternia por amigo, y guardaria su persona, tierra y hacienda; y si no venia, que talaria los sembrados y frutales, quemaria los pueblos, mataria los hombres. Chiape, de miedo de aquello, y por lo que le dijeron los de Cuareca acerca de la valentía y humanidad de los españoles, vino y fué su amigo, y se dió al rey de Castilla por vasallo. Dió á Balboa cuatrocientos pesos de oro labrado, y rescibió algunas cosillas de rescate, que tuvo en mucho por serle cosa nueva. Estuvo allí Balboa hasta que llegaron los españoles que dejara enfermos en Cuareca; fué luego á la marina, que aun estaba lejos. Tomó posesion de aquel mar en presencia de Chiape, con testigos y escribano, en el golfo de San Miguel, que nombró así por ser su día.

Descubrimiento de perlas en el golfo de San Miguel.

Regocijaron nuestros españoles la fiesta de Sant Miguel y auto de posesion como mejor pudieron. Dejó no sé cuántos españoles allí Balboa por asegurar las espaldas. Pasó en nueve barcas, que le buscó Chiape, un gran rio, y fué con ochenta compañeros y con el mismo Chiape por guía, á un pueblo, cuyo señor se

decia Coquera, el cual se puso en armas y defensa. Peleó y huyó; empero vino luego á ser amigo de los españoles por consejo y ruego de los chiapeses, que fueron á requerirle con la paz. Dió á Balboa seiscientos y cincuenta castellanos de oro en joyas. Con estas dos victorias cobraron muy gran fama por aquella costa los españoles, y con tener por amigos á Chiape y Coquera pensaban allanar y traer á su devocion toda la comarca. Así que armó Balboa las mismas nueve barcas, liuchólas de vituallas, y fué con ochenta españoles á costear aquel golfo, por ver qué cosa era la tierra, islas y peñascos que tenia. Chiape le rogó que no entrase allí, por cuanto aquella luna y las dos siguientes solian correr tormentas y vientos recios de travesía, que anegaban todas las barcas. El dijo que no dejaría de entrar por eso, ca ótras mayores y mas peligrosas mares habia navegado, y que Dios, cuya fe se tenia de predicar por allí, le ayudaria; y embarcóse. Chiape se metió con él, porque no le tuviesen por cobarde y mal amigo. Apenas se desviaron de tierra, cuando se hallaron dentro en tantas y tan terribles olas, que no podian regir las barcas ni ir atrás ni adelante. Pensaron perecer allí; mas quiso Dios que tomaron una isla, donde albergaron aquella noche. Creció tanto la marea, que casi la cubrió. Maravilláronse los nuestros dello, como en el otro golfo de Uraba ó costa setentrional no crecía nada, ó muy poco. A la mañana quisieron irse con la jusente; mas no pudieron, por hallar las barcas llenas de arena y cascadas; y si miedo tuvieron de morir en agua el día antes, miedo tuvieron de morir entonces en tierra, ca no les quedó qué comer. Empero con aquel mismo miedo limpiaron las barcas, remendaron lo quebrado con cortezas de árboles, calafetearon las hendeduras con yerba, y fueron á tomar tierra á un abrigo. Acudió luego á ellos Tumaco, señor de aquella parte, con mucha gente armada, á saber qué hombres eran y qué querian. Balboa le envió á decir con unos criados de Chiape cómo eran españoles, que buscaban pan para comer y oro por su rescate. El, viendo pocos, replicó ferozmente, pensando que ya los tenia presos, y apercihólos á la batalla. Balboa se la dió y la venció. Huyó Tumaco tan bravamente como habló. Fueron algunos españoles y chiapeses á rogarle que viniese á las barcas á ser amigo del capitán, dándole fe y seguro y aun rehenes. No quiso venir, empero envió un su hijo, al cual vistió Balboa, y le dió muchos dizes, cuentas, tijeras, cascabeles, espejos, y haciéndole mucha cortesía, le rogó que llamase á su padre. El mancebo fué muy alegre y garrido, y trájole al tercero día. Fué Tumaco bien rescebido, y preguntado por oro y perlas, que las traian algunos de los suyos, él entonces envió por tanto oro, que pesó seiscientos y catorce pesos, y docientas y cuarenta perlas gruesas, y gran suma de menudas; cosa rica y que hizo saltar de placer á muchos españoles. Tumaco, viendo que tanto las loaban, y que tan alegres estaban con ellas, mandó á unos criados suyos ir á pescarlas. Ellos fueron y pescaron doce marcos de perlas en pocos días, y tambien se las dieron. Estuvieron admirados los españoles de tanta perla, y de que no la estimaban los dueños; ca no tan solamente se las daban á ellos, mas las traian engastadas en los remos,

bien que las debian poner por gentileza ó grandeza; y como después se supo, la principal renta y riqueza de aquellos señores es la pesquería de perlas. Balboa dijo á Tumaco que tenia muy rica tierra, si la supiese granjear, y que le daría grandes secretos della cuando volviese por allí. El entonces, y aun Chiape tambien, le dijo que su riqueza era nada en comparacion del rey de Terarequi, isla abundantísima de perlas, que cerca estaba; el cual tenia perlas mayores que un ojo de hombre, sacadas de ostiones tamaños como sombreros. Los españoles quisieran pasar luego allá; mas temiendo otra tormenta como la pasada, lo dejaron para la vuelta. Despidiéronse de Tumaco, y reposaron en tierra de Chiape; el cual, á ruego de Balboa, hizo que fuesen treinta vasallos suyos á pescar; los cuales, en presencia de siete españoles, que fueron á mirar cómo las pescaban, tomaron seis cargas de conchas pequeñas; que como no era tiempo de aquella pesquería, ni entraron muy dentro en mar, ni muy hondo, donde las grandes están. Y no solamente no pescan el mes de setiembre y los tres siguientes, mas aun tampoco navegan, por ser tempestuosos los aires que andan entonces en aquella mar, y los españoles se guardan de navegar por allí en tal tiempo, aunque usan mayores navíos. Las perlas que sacaron de aquellas conchas eran como arbejas, pero muy finas y blancas; que algunas delas de Tumaco eran negras, otras verdes, otras azules y amarillas, que debia ser por arte.

Lo que Balboa hizo á la vuelta de la mar del Sur.

Vasco Nuñez de Balboa se despidió de Chiape, que vertia muchas lágrimas porque se iba. Dejóle muy encargados ciertos españoles. Partióse muy alegre por lo que habia hecho y hallado, y con propósito de tornar luego en visitando sus compañeros de la Antigua del Darien, y en escribiendo al Rey; pasó un rio en barquillos, y fué á ver á Teoca, señor de aquel rio; el cual rescibió alegremente los españoles por sus proezas y fama. Dióles veinte marcos de oro labrado y docientas perlas bien grandes, aunque no muy blancas, á causa de asar primero las conchas que saquen las perlas, para comer la carne, que la precian mucho, y aun dicen ser tal ó mejor que nuestras ostias. Dióles tambien muchos peces salados, esclavos para el fardaje y un hijo que los guiase hasta llegar á tierra de Pacra, tirano, gran señor y enemigo suyo. Pasaron por el camino grandes montes y sed, y los de Teaco mucho miedo de los tigres y leones que topáron. Pacra huyó con todos los suyos sintiendo venir españoles; ellos entraron en el pueblo, y no hallaron mas de treinta libras de oro en diversas piezas. Requirióle mucho Balboa con las lenguas que se hablasen y fuesen amigos; rehusó infinito, temiendo lo que después le vino. Al fin hubo de venir, confiando que usarian con él de clemencia, como con Tumaco y Chiape. Trajó consigo tres señorcetes y un presente. Era Pacra hombre feo y sucio, si en aquellas partes se habia visto, grandísimo puto, y que tenia muchas mujeres, hijas de señores, por fuerza, con las cuales usaba tambien contra natura; en fin, concordaban sus obras con el gesto. Informado Balboa de todo esto, fué metido en cárcel con los tres caballeros que

trajo, ca tambien ellos pecaban aquel pecado. Vinieron luego otros muchos señores y caballeros de la redonda con ricos dones á ver los españoles, que tanta nombradía tenian. Rogaron á su capitán que lo castigase, formando mil quejas dél. Balboa le dió tormento, pues amenazas ni ruegos no bastaban para que confesase su delito y manifestase dónde sacaba y tenia el oro. El confesó el pecado; mas dijo que ya eran muertos los criados de su padre que traian el oro de la sierra, y que él no se curaba dello ni lo habia menester. Echáronlo con tanto á los alanos, que brevemente lo despedazaron, y juntamente con aquel otros tres, y después los quemaron. Este castigo plugo mucho á todos los señores y mujeres comarcanas. Venian los indios á Balboa como á rey de la tierra, y él mandaba libre y osadamente. Bononiamá sirvió bien y trajo los españoles que con Chiape quedaron, y les dió veinte marcos de oro. Entrególos de su mano á Balboa, dándole muchas gracias por haber librado la tierra de aquel tirano. Estuvo un mes allí en Pacra, que llamó Balboa Todos Santos, recreando los españoles y ganando hacienda y voluntades de indios; y de solo aquel lugar hubo treinta libras de oro. De Pacra caminó Balboa por tierra estéril y de muchos tremedales; pasó tres días de trabajo, y llegó con harta falta de pan á un lugar de Buquebuca, que halló desierto y sin vitualla ninguna. Envió las lenguas á buscar el señor y decirle que viniese sin miedo y seria su amigo. Respondió Buquebuca que no huía de temor, sino de vergüenza, por no tener aparejo de hospedar varones tan celestiales; por tanto, que le perdonasen y rescibiesen aquellas piezas de oro en señal de obediencia, que eran muchos vasos muy bien labrados: ellos mas quisieran pan que oro. Caminaron luego por hallar de comer: salieron de través ciertos indios voceando; esperaron á ver qué querian y quién eran. Ellos, como llegaron, saludaron al capitán, y dijeron, segun los intérpretes: «Nuestro rey Corizo, hombres de Dios, os envía á saludar, atento cuán esforzados é invencibles sois, y cómo castigais los malos. Por dichoso se tuviera de teneros y serviros en su casa y reino, ca vos mucho desea ver las barbas y traje; pero pues ser no puede, por quedar atrás, contentarse ha que lo tengais por amigo, que por tal se vos da; y en señal de amor os envía estas treinta bronchas de oro fino, y os ofresce todo lo que en casa le queda, si quisieredes ir allá. Hacedvos tambien saber que tiene por vecino y enemigo un grande y rico señor, que le corre, quema y roba su tierra cada año, contra el cual podréis mostrar vuestra justicia y fuerzas. Si podeis ir á nos ayudar, seréis vosotros ricos y nuestro rey libre.» Mucho se holgaron los españoles de oír aquellos desnudos mensajeros, que tan bien hablado habian, y de ver con cuán alegre semblante presentaron las bronchas al capitán. Balboa respondió que tomaba por amigo á Corizo, para siempre lo tener por tal; que le pesaba mucho no poder ir al presente á verle y remediarle; pero que prometia, dándole Dios salud, de lo hacer muy presto y con mas compañeros. Entre tanto, que perdonase y rescibiese por su amor y remembranza tres hachas de hierro y otras cosillas de vidrio, lana y cuero. Los indios se fueron muy ufanos con tales dádivas á su lugar, y los españoles con sus